

**Diálogo**  
en el  
**intermedio**

—Oi pi, Pepel  
—¿Qué hay Ladislao?  
«¿Qué tal «La cura d'amor?»  
—Estupenda chico. Con perdón, pero estupendo. Esta vez la Romea ha obtenido un claro triunfo por goleada.  
—¿Sin ningún tanto en contra?  
—Pues sí. Uno que se lo marcaron ellos mismos al empezar con el consabido retraso.  
—Y ¿cómo fué la cosa? ¿Qué alineación presentó la Romea?  
—Anota: Roca - Jacomet, Donat, Cruañas; René, Reyné; Sabá, Pellicer Masferrer, Marcillach, Bárcena.  
—Creo que empezó el partido con unas jugadas de los volantes.  
—Cierto. Luego cedieron el balón al ariete quien poca ayudado por los interiores, se entretuve en una serie de jugadas de poco relieve y sin eficacia alguna.  
—Sí. Peloteo insulso.  
—Eso. Pero he aquí que de pronto el extremo derecha coge el balón en su campo, avanza por el centro del terreno, sortea cuanto se interpone a su paso, salva las entradas del jardín y de la puerta principal y pone en bandeja la pelota a los pies del delantero centro.  
—Bonita jugada.  
—Lo que luego vino fué un bordado al realce con incrustaciones de nylon: dominio de pelota, gambeteo, el tuya - mía con todas sus consecuencias, el despimporreo al cuadrado y su poquito de furia española.  
—¿Y marcaron?  
—Cuanto quisieron. Los delanteros, los volantes, hasta los defensas y el portero marcaron tantos a su favor,  
—Así pues una crítica severa.....  
—Una crítica severa podría llenar un periódico con solo la relación de los fallos del encuentro. Un crítico exigente le pondría a la obra el termómetro de la calidad literaria y el termómetro no subiría ni mucho menos al grado de ebullición; descubriría que la Srta. Sabá, que dió una magnífica lección de naturalidad y simpatía, había en dos ocasiones pronunciado mal la /; que el Sr. M. no cambió de camisa entre el segundo y tercer acto, a pesar de haber transcurrido diez días; que D. dijo unas palabras que no estaban en la obra; que R. dejó de decir unas que estaban; que este es demasiado alto para ser callista; que el otro era demasiado bajo para ser un doctor de altura; que el servicio de café era de testable.....  
—Pero esto es un desastre.  
—Un desastre, sí señor. Esa es la impresión que sacaría el que leyera semejante crítica. Pero si el lector hubiera estado en la sala recordaría con complacencia como las lágrimas rodaron por sus mejillas una y otra vez; como el Sr. J. P. tuvo que desabrocharse para reír más a gusto; como D. C. rompió dos botones de su chaleco en los estertores de la risa; que J. P. R. estuvo en un tris de tener que ser auxiliado de un ataque de hilaridad galopante y comprendería que la única crítica que podría concordar con su criterio, sería la que él mismo podría hacerse asistiendo al espectáculo.  
—Y ¿quién fué el mejor?  
—El público.  
—¿Eh?  
—Sí. Los actores sobre el escenario son co-

mo los jugadores del Español en casa Rabia. Si no se ven asistidos por el público, se desfondan. Cuando a las primeras de cambio el público rió sin reservas ni complejos los expresivos gestos faciales del Sr. Codolá, la obra quedó salvada.

—Así pues, se habían preparado para emplear la táctica de campo contrario...

—Y se encontraron jugando en campo propio. Esa es la verdad.

—Y con árbitro casero además, por lo que veo. Y ¿qué me dices des Niño?

—No he de decirte nada. Cuando un público como el nuestro que acostumbra a salir de la sala mientras baja el telón, aguantó aplaudiendo sin moverse de la butaca hasta que el telón subió por segunda vez, ya puedes imaginarte como no defraudó ninguna de las esperanzas de los que fueron al Salón Novedades para verle a él.

—Yo creo que con la colaboración de un elemento de su valía, la Romea alcanzaría una calidad poco menos que insuperable.

—Pues mira que, según se me ha dicho, caso de representarse el «Don Gonzalo» no sería extraño que viéramos de nuevo a es Niño en el papel que tantos lauros le dió en sus mocedades.

—Entonces si que sería cosa de pasar a encargar la localidad con anticipación.

Ladislao

De 'Las manos de Eurídice', al director

**Ficción**  
y  
**Realidad**

Con motivo de las no sé cuantas representaciones de «Las Manos de Euridice», de Pedro Bloch, un autor chileno, que lleva a efecto en Madrid Enrique Guitart, se ha rendido un homenaje a este entusiasta actor. Ello ha servido para que algún crítico afirmase que el teatro está de enhorabuena, que la gente vuelve a las salas de escenario y que el cine no podrá jamás arrebatar a las tablas sus valores eternos, etc. etc....

«Las manos de Eurídice» es una obra con un solo personaje, (que está enloquecido) y que se pasea por el patio de butacas, sube a los palcos, charla, grita, llora, ríe, a veces aplastando su cara contra la de cualquier espectador. Un espectáculo de mucho mérito histriónico. Muy parecido al cine, además, por lo que el propio Guitart calificó de adaptación del primer plano cinematográfico a la escena.

Por su misma novedad, —aparte del valor del intérprete, no discutible aquí— es lógico que el público vaya a ver esta obra llamada de teatro. Y, naturalmente, cada vez que le sirvan algo nuevo o de un modo nuevo en escena, el público acudirá a verlo. Lo que el público está harto de ver es la decoración de papel arrugado, las pelucas con la tirilla de piel artificial asomando, y los actores actuando siempre de cara al público, iluminados además por la luz rojiza de unas candilejas pobres.

No puede venirnos la renovación teatral si no es cambiando el sistema de representar. Incluso en las eternas joyas teatrales se ha introducido tanta agilidad en la presentación, que ya cansa el verlas con la estática puesta en escena de antes. Es un modo de luchar contra el cine, engaño mayúsculo, amaño científico, truco y más truco. Se ha calculado que las situaciones escénicas, en lo que al planteamiento de conflicto se refiere, no llegan al medio centenar. Todo está, pues, dicho en teatro. Hay que trabajar siempre sobre lo mismo, pero enfocándolo desde otros ángulos formales. Y ello es tarea que compete a la dirección.

El director ha venido a cobrar su importancia actual gracias a la feliz desaparición del «primer actor y director», que fué, en nuestras latitudes, una cosa funesta. El mejor director es aquel que pasa tantos ratos sobre el libro de dirección como sobre las tablas. Salvo en casos excepcionales—Laurence Olivier, Sacha Guitry, Alec Guinness, Jean Vilar— el director no es hoy un actor, sino un conductor de toda la obra, alguien que atiende a todos los detalles, con igual autoridad en todos los terrenos.

El éxito de «Las manos de Euridice» no presupone que el teatro no puede morir. Claro que el teatro no morirá, pero si queremos que no sea una cosa de museo, preocupémonos todos de fomentar la perfección formal del mismo, y, naturalmente, si es posible, con un buen texto de base. Lo demás son palabras, y palabras tontas.

J. Vallverdú A.

Si quiere alegrar su hogar un "TELEFUNKEN" tiene que comprar.

AL CONTADO Y A PLAZOS

**Establecimientos**

**L. Roca**

TELÉFONO 239

Electricidad - Lampisteria  
Calefacción - Saneamiento  
MUCHOS LE DIRAN QUE  
PUEDEN HACER UNA  
INSTALACION, PERO VD.  
DEBE ASEGURARSE QUE  
SEPAN HACERLA

Exija referencia y garantías

**JUAN PUIG**

Verdaguer, 13 - Teléfono 161

**RADIOS**

DE LAS MEJORES MARCAS

Reparaciones de Radio por personal técnico

**DISCOS**

con las ÚLTIMAS NOVEDADES